

## "Todo o Nada"

# Dilema del PRI

POR LORENZO MEYER

**L**AS dos hipótesis que voy a plantear son del profesor Rafael Segovia. Doy la fuente para que no se me acuse de plagio; también lo hago previo consentimiento del autor, para que no se diga que lo sorprendí. Las hipótesis son sencillas, pero no sus implicaciones. La primera consiste en definir al PRI no como un partido político sino como una mera maquinaria electoral controlada por el gobierno. La segunda, sostiene que el PRI es un mecanismo asombrosamente flexible, en donde todo, o casi todo, puede cambiar según las circunstancias. Este "casi" es importante, pues existe un punto en donde la flexibilidad encuentra un límite y éste es absoluto: el PRI —es decir, el gobierno— no puede aceptar compartir con nadie, bajo ninguna circunstancia, el privilegio de gobernarnos.

★

**E**STAS hipótesis son también una definición del PRI, del gobierno e incluso del régimen. El que el PRI no sea partido sino sólo una maquinaria significa, entre otras cosas, que no tiene fuerza o capacidad de decisión propias, que ambas le vienen de fuera: del gobierno. Es por ello que, una vez pasadas las elecciones, el PRI casi desaparece, deja de ser un actor político sustantivo, y sus cuadros se disuelven en el aparato administrativo y burocrático del régimen. En resumen, esta hipótesis significa que al PRI actual le falta lo sustantivo para ser partido.

Intimamente ligado a la caracterización anterior, está el problema de la flexibilidad. La historia del partido oficial muestra que ese partido puede dar cambios de 180 grados con la

mano en la cintura y sin remordimiento. En efecto, el partido puede pasar de cardenista a alemanista, es decir, de puntal en el proyecto de la construcción de un socialismo mexicano a la de puntal en la creación de un capitalismo subdesarrollado pero salvaje. Esta flexibilidad se debe a que el partido del gobierno prácticamente no tiene ideología, sólo tiene intereses. En este contexto, los principios se defienden sólo

en tanto sirven para mantener el poder y ni un minuto o un milímetro más allá. Se vale cambiar todo lo accesorio con tal de que todo lo fundamental siga igual.

El punto más importante —pues afecta a la sociedad mexicana en su conjunto— es la resistencia casi patológica del PRI a gobernar bajo un esquema que no sea el del monopolio sobre los puestos ejecutivos, sean locales o nacionales. Desde su creación y hasta la fecha, el partido oficial apenas si ha tolerado —mal tolerado— el triunfo de la oposición en no más de un puñado de municipios, nunca en una gubernatura y menos en la presidencia. Estos triunfos siempre han resultado pasajeros, pues el enorme poder del Estado se encarga de que en un trienio, o a los más un sexenio, el municipio vuelva al "buen camino".

La resistencia a desprenderse de cualquier parcela sustantiva de poder en favor de la oposición, independientemente de cuál sea la voluntad de los electores, se debe, en gran medida, a la sospecha de que si los leales al partido oficial pierden el control de la bolsa —es decir, de la nómina y de los contratos— entonces lo perderán todo.

**L**O que se teme es que el día en que uno de los estados de la República sea gobernado por la oposición, entonces los cuadros del partido oficial —los líderes de la burocracia y de los sindicatos, los contratistas, los comerciantes, los empresarios locales, en fin, las “fuerzas vivas”— dejarán de ser leales al PRI y, por tanto, al poder central. Quienes temen a esto también suponen que una vez que se pierda un estado, la oposición tendrá un gran incentivo para que suceda lo mismo en otros, hasta que el poder presidencial —la esencia del sistema— salga de las manos del PRI. Este temor al “dominó político” —la caída de una pieza lleva a la caída de todas— debe ser, sin duda, lo que ha llevado a situaciones tan críticas como la de Chihuahua hoy, la de Sonora ayer y la de algún otro estado mañana.

La necesidad del monopolio como base del arreglo político mexicano significa vivir bajo el principio de “todo o nada”, que es justamente el principio contrario al espíritu de nego-

ciación y triunfos parciales que anima, o debiera animar, a una vida política civilizada y moderna. Significa también sostener que México es una excepción a una regla que priva en todos los sistemas de democracia capitalista: que el ejercicio del poder —en nuestro caso casi sesenta años— inevitablemente desgasta al partido que lo ejerce. Significa igualmente suponer que los electores mexicanos darán su apoyo al mismo partido independientemente de sus éxitos y fracasos en el gobierno. Significa, en fin, suponer que los cambios en las estructuras económicas, demográficas, ocupacionales y culturales del país no tienen impacto sustantivo en las conductas electorales: ayer, hoy y mañana, en Campeche o Chihuahua, el PRI gana. En resumen, insistir en un monopolio político legítimo significa, en realidad, insistir en lo imposible.

A todos los mexicanos, priistas y no priistas, debería interesarnos vivir en un sistema donde la coherencia entre el marco político legal —en este caso la democracia representativa— y las conductas reales, fuera mayor de lo que es ahora. Debería interesarnos, sobre todo, vivir en un sistema que sea capaz de cambiar a tiempo, sin violencia, y antes de que las crisis lo lleven —nos lleven— al punto donde ya no hay retorno. El dilema del partido en el poder —o tengo todo o no tengo nada— no debe de ser el dilema de la sociedad mexicana, pues